

EL PESCADOR DE PERLAS

(En los golfos de Nicoya, Panamá y California)

A JUSTO FACIO

I

Este hombre desnudo,
de carnes morenas,
es un bronce vivo,
que, en audaz carrera,
luce por las playas
la desenvoltura de su gracia atlética.

II

Ya sus pies imprimen
fugitivas huellas,
en carrera alada,
sobre crujidoras y húmedas arenas;
ya su alta figura,
de estatuarias formas y apostura enérgica,
se destaca encima
de musgosa peña,
como en plinto en torno del cual ajustasen
su nudo amorosos brazos de sirena;
ya desde los bordes
de un acantilado—contra el que se estrella
el cristal rizado de las ondas—brinca,
lleno de una elástica y fácil destreza,
y, después de un grave
tiempo en que las aguas lo sepultan y echan
a la superficie coronas de espuma
que giran concéntricas,
emerge y sacude, como un dios marino,
entre un remolino de algas, la cabeza;
ya empuja la suave
barca que se aburre sola en la ribera
y, al ponerla a flote,
salta dentro de ella,
empuña los largos remos y, de espaldas
al misterio, boga... bogando se aleja,...
cuando no arma el mástil,
los linos despliega
y, de pie en la popa, crúzase de brazos,
en actitud como si oyendo estuviera
una voz que le habla, desde el horizonte,
de las Aventuras y de las Leyendas...

III

Este hombre desnudo
de carnes morenas,
—que el Sol funde en bronce
y el mar pulimenta—
pudo ser un día gladiador en Roma,
discóbolo en Grecia
o arquero en Egipto,
y es ahora en Indias pescador de perlas.

IV

Ya delfín en agua,
ya antílope en tierra,
hecho está al encanto
de las nataciones y de las carreras.
Corre, brinca, nada,
húndese y bucea,
como si evocase
gimnasios y termas.
En sus actitudes predomina la ágil
levedad de toda la plástica helénica...

V

Tiene el dinamismo
que pone a sus ojos la Naturaleza:
siéntese impulsado
cual por interiores vientos y mareas;
y, así, corre, brinca, nada... pero luce
siempre cadenciosa su figura esbelta,
bajo la armonía

que en un haz gobierna
el capricho móvil de las actitudes,
porque las recoge como estampas sueltas...
Tiene el dinamismo
que pone a sus ojos la Naturaleza:
en sus inquietudes
copia la cadencia
con que ve agitarse
nubes, ondas, velas...

VI

Hombre de las playas
tropicales, ebrias
de Sol, que acumulan
cóleras de selva
contra el mar y róbanle
esteros ocultos en ávidas cuencas
de una delirante vegetación, como
sumidos en blandos estuches de felpa...

Hombre de las playas
tropicales, llenas
de chozas pajizas, cuyos fatigados
oros en la pompa verde amarillean,
bajo la lujuria de las palmas tristes,
que se desperezan
o con el hastío de su aristocracia
o con el orgullo de su displicencia...

Hombre de las playas
tropicales, sobre las que se restriegan,
acariciadoras, al soplar, las brisas
en que viaja el lúbrico olor de las selvas
o sobre las que urden, en las tibias noches,
las trágicas olas sus fosforescencias,
bajo un cielo adusto
y escalofriado todo de centellas...

Hombre de las playas
tropicales,—mezcla
de oleaje y árbol,—
armoniza el ímpetu y la gentileza.

VII

Todo en él pregona salud y en él hace
vibrante derroche de gracia y de fuerza:
la eurtimia que pónole
a los ademanes sugestivas riendas;
la musculatura que rebulle bajo
de la piel morena;
el tórax henchido;
las sienes enhiestas;
la boca en que una
sonrisa perpetua,
como abstraídos a una concha, iguales
los dientes enseña,
con el gesto ufano
de los regocijos y las inocencias;
los ojos que ríen
y cantan y sueñan,
locos de visiones alegres y claras,
en que el mar es una lente azul que deja
ver en lo profundo
grutas de corales, bosques de madréporas...

VIII

Es un alma simple,
primitiva, ingenua:
suyos son la anchura
del mar, la franqueza
de los horizontes abiertos, los sanos
y bruscos alardes de un viento que juega
—ya rizando espumas,